Año 1954
10 marzo
ABC
(51)

DIALOGO SOBRE EL USO Y VIGENCIA DE LOS MOTES

BUENOS días, amigo.

—Hasta cierto punto.

—¿Qué le pasa a usted?

—Voy a protestar a la Alcaldía.

—¿Alumbrado? ¿Ruidos nocturnos? ¿Cortes de agua?

—No, no. Voy a protestar, aunque no sé muy bien si es allí donde procede, de la difusión de un mote que me crispa los nervios desde hace mucho tiempo y que no resisto más. Sospecho que no servirá de nada mi protesta, pero, al menos, si encuentro una ventanilla en la que me la admitan, me consideraré dichoso.

—No creo que la encuentre. Si acaso en el Registro Civil...

—¿Qué quiere usted darme a entender? ¿Que hay motes inscribibles? Ya lo creo. No diré que en Madrid, pero son muchos los pueblos en los que los motes tienen una fuerza de identificación superior a la que procura la partida de bautismo, que han borrado, a fuerza de arraigo y de uso, el nombre original de la persona y su apellido, y suplen a ambos de tal manera, que han de ser consignados o en las escrituras para que se sepa quién es el contratante, o en los certificados de defunción, para que se sepa quién es el muerto.

—¿Es un mote que le han puesto a usted?

—No, no; ese mote no gravita sobre mí. No gravita, tampoco, sobre persona alguna. Afecta a determinado tipo de automóviles y me enfada oírlo.

—Sepamos cuál es.

—De los "haigas" le hablo.

—¡Ah!

—Debo decirle una cosa. Ese me parece uno de los modismos más rebuscados, más tristes y con menos estilo de cuantos cotidianamente nos salen al paso. Pretende darse a entender con él que muchas gentes incultas han tenido acceso, por unas razones o por otras, a un lujo que, con anterioridad, no alcanzaron; que, pese a su ninguna ilustración, una jugada de ingenio o de suerte, o una especulación cualquiera, les ha hecho dueños de esos signos exteriores de riqueza, que se expresan, sintéticamente, con el nombre de una marca americana. ¿No es así?

—No se me ocurre otra interpretación.

—Ahora bien. En primer término, esos casos son muy poco frecuentes. Los bienes españoles no se baten con la ligereza que sería de desear. No corren de unas manos a otras. Se estancan, con más frecuencia que se difunden. Acrecen, en lugar de distribuirse. La capilaridad de las clases económicas, es, entre nosotros, un fenómeno extraño. Se dice que todos los millonarios en Estados Unidos vendieron periódicos en su niñez. Algo rutinaria y convencional es esa afirmación, pero la verdad es que allí, el dispararse a la riqueza desde cualquier modesto oficio de partida sucede cada lunes y cada martes. No así, por desgracia, entre nosotros. Si de verdad fueran dueños de los "haigas" gentes que no supieran leer ni escribir, eso significaría que, al menos por una vez, ese fenómeno de ascensión a los niveles superiores de quienes militan, desde siempre, en las filas de los humildes se habría producido y sería cosa de felicitarse por ello. Pero no pasa así. La verdad es que son dueños de los "haigas" de hoy gentes no muy dispares de quienes lo han sido siempre. ¿Sabe usted la razón de ese sobrenombre? El resentimiento, la envidia, de ver a otros encaramados sobre cuatro ruedas mientras se va a pie. Este apodo estaba llamado a germinar justamente en el país en el que las cifras de peatones y de vehículos en circulación son más desproporcionadas. Pero me duele que Madrid lo haya apadrinado.

—¿Y por qué se lo endilga usted a Madrid? Quién sabe dónde se inventó...

—¡Ah!, eso no importa. Cualquiera, en efecto, puede tener un instante de malquerencia o de encono y poner en circulación el mote que le venga en gana y aplicarlo a quien se le ocurra. Sin embargo, la permeabilidad o impermeabilidad del ambiente es la que determina su auge o su hundimiento. Si el mote se propaga y fructifica, entonces es que del estado de ánimo de quien lo lanzó participan todos los que lo usan y le prestan su asenso. El mote se re-crea por quien lo utiliza. Tanta culpa le corresponde al último en emplearlo como al primero. Yo he de hacerle a Madrid el dulce reproche de haber dado carta de naturaleza a éste.

—No dirá que Madrid es lerdo en eso de inventar apodos, ni que le falta gracia.

—Cierto. Algunos son un prodigio de ingenio y de síntesis, una llamarada que ilumina la figura elegida con una luz fulgurante, pero éste, no. Por eso iba yo a la Alcaldía, por si podía ayudarme a hacer algo para desterrarlo. Ya estuve a punto de ir, no crea usted, el año 32.

—¿Por la misma causa?

—Parecida. El Madrid de entonces había servido de caldo de cultivo a otro mote que me traía a maltraer.

—Sepamos cuál era.

—Pesaba, como un sambenito de ridículo, sobre el primer presidente de la segunda—y esperemos que última—República española. A aquel hombre, jerarca un poco bobalicón del más pestilencial régimen imaginable, al que si la Historia juzga con el rigor de sus coetáneos, le adjudicará menguado puesto, amigos y enemigos, propios y extraños le conocieron por "el Botas". Dícese que usaba ese tipo de calzado o con exclusividad o con preferencia a cualquier otro. Yo no sé si era así, ni como puede usted imaginarse, me preocupé nunca de comprobarlo. Pero había algo de tan torpe estilo en motejarle por eso, que, si bien presté mi colaboración más entusiasta a quienes combatieron sus gravísimos errores políticos, nunca incurrí en la debilidad de atacarle en el flanco, tan frágil, de su indumentaria. En fin, aquello es ya, gracias a Dios, agua pasada.

—¿Y qué propondrá usted en la Alcaldía?

—Yo pediré que el alcalde se dirija a los vecinos de su feudo y les diga ~~~o parecido a esto: —Que al ingenio y al brillo de la ciudad todos deben contribuir en la medida de sus fuerzas, que es labor de ciudadanía difundir esa espuma alegre e irónica que flota en nuestro ambiente, y servir de caja de resonancia a lo que lo merezca, pero que es también deber nuestro secuestrar aquello que traiga un fondo de resentimiento o de vulgaridad y ahogarlo, apuñalarlo en la sombra; que todo eso hay que hacerlo desde el principio porque después ya es tarde—ya es tarde, "verbi gratia", para dar marcha atrás en el uso de la palabra "estraperlo", que ni sé por qué entrecomillo, cuyo origen tampoco es muy inspirado—y el oído se le hace a uno a mil vocablos que inicialmente rechaza y con los que después acaba conviviendo; que hay que procurar que aquello que Madrid apadrine sea de verdad airoso, espiritual, que tenga garbo, y que hay que organizar, en suma, una especie de aduana para que no se filtre dentro del perímetro urbano nada patoso ni chocarrero. Para que Madrid conserve—y Dios lo haga—intactos siempre su perfil, su señorío y su ingenio.

Joaquín CALVO-SOTELO